



MUÑOZ EN LA CRISIS DEL REAL MADRID

NO ha faltado gracioso madrileño que haya considerado la dimisión de Miguel Muñoz como el penúltimo acto de la crisis «política» por la que ha pasado el país. Penúltimo porque Miguel Muñoz ha dimitido, Bernabéu, todavía no. En la ceremonia de despedida de Miguel Muñoz, el presidente, a todas luces vitalicio, dijo dos cosas importantes: que Miguel Muñoz es el entrenador europeo con mejor palmarés y que el Real Madrid superará la crisis de 1973 como superó la de 1948. La crisis de los años cuarenta pudo superarse sobre una serie de pontones: la autoridad de Bernabéu, el estadio nuevo, con el incremento de hinchada consiguiente, el fichaje de Di Stéfano y la conversión del equipo en una entidad de exportación épico-lírica a la altura de los Coros y Danzas de España. No es una exageración. Me contaba un entonces sacerdote español residente en la Roma de los años cincuenta, que el «tono» hacia España empezó a cambiar cuando la chiquillería de los barrios romanos se vistió la camiseta del Real Madrid y apodó «Di Stéfano» al líder del equipo de barrio y descampado. Cuadros similares se vieron en Bruselas, París o Colonia. Las victorias del Real Madrid eran dividendos políticos para el Gobierno español, como las victorias de Valery Brummel eran di-

videndos políticos para la URSS y la de Mark Spitz para Estados Unidos y el sionismo internacional. Contó Vázquez Montalbán en su crónica «Barça, Barça, Barça», publicada en estas páginas, que en cierta ocasión oyó cómo en el campo del Barcelona un viejo espectador se levantaba congestionado y gritaba: «¡Esto no es un equipo! ¡Es un tercio!». Se refería al Real Madrid.

Al igual que el «Barcelona de las cinco copas» se construía sobre el fenómeno Kubala, el Madrid invicto en Europa se construía sobre el fenómeno Di Stéfano, y en torno de él, una variada gama de ases en perfecta conexión con un esquema de juego creado por uno de los futbolistas más inteligentes de todos los tiempos. Kopa, Rial, Gento, Puskas, adaptaron su genialidad individual al patrón de juego de un equipo que giraba de arriba abajo en torno a la capitánía estratégica de Alfredo di Stéfano. Muñoz figuraba en él como medio volante, unas veces emparejado con Zárraga, otras con Santiesteban. Ambas líneas medias cumplieron con fortuna en un momento en que abundaban las líneas medias con posibles: Vergés-Gensana, Gámez-Casamitjana, Mauri-Maguregui, Ramoni-Ruiz Sosa, Pilequito-Puchades, etc. Muñoz era lo que se suele llamar un jugador sufrido, sobrio y eficaz, con poten-

cia e inteligencia; un jugador, pues, completo, de lo mejor en su puesto.

Al cruzar la barrera de los años sesenta, los mandos del Madrid comprendieron que el filón Di Stéfano un día u otro se agotaría y que no habían dado el resultado esperado jugadores como Didí, que, por otra parte, habían sido instrumentalizados en el patrón de juego del hispano-argentino. El problema se agravaba por la evidente vejez futbolística de Puskas y lo imprevisible que era el rendimiento futuro de Gento sin Di Stéfano y sin Puskas en el equipo. Fue voluntad de Bernabéu que Miguel Muñoz ocupara el puesto de entrenador en esta fase de transición, llena de conflictos porque «desdiestefanizar» al Madrid era bastante parecido a ponerle un cascabel al gato.

La desdiestefanización

Cuando la decadencia del juego del argentino se hizo evidente, todo el estado mayor del Real Madrid se puso en movimiento para convencer al jugador que había llegado la hora del relevo pacífico. No fue pacífico. Di Stéfano no se resignó a la retirada y aún cumplió una etapa como jugador activo en el Español de Barcelona. Muñoz se enfrentaba al problema de componer un equipo de fútbol sin ayudas so-

brenaturales, y entonces tuvo la suerte o la visión de confiar en la experiencia de Gento, en la clase recién probada de Amancio, en la fuerza combativa de Grosso y Pirri, en la inteligencia de un centrocampista a la «moderna» como era el Velázquez de los años sesenta.

Al equipo de Muñoz se le llamó «El Madrid de los "ye-yés"», y con sus «ye-yés» conseguía Muñoz nada menos que su segunda victoria como entrenador en la Copa de Europa. En trece años de entrenador, Muñoz ha conseguido que su equipo fuera nueve veces campeón de Liga y cuatro de Copa. De alguna manera este equipo heredaba el patrón de juego del Madrid de Di Stéfano, pero hábilmente adaptado a las características de sus nuevas figuras. Puede hablarse de un paso del Madrid de Di Stéfano al Madrid de Muñoz, un paso en el que tan importante como la acción individual de los Gento, De Felipe, Amancio, Pirri, Zoco o Velázquez o Grosso, era la labor de engarce de Muñoz y la paz social y económica interior impuesta por el «tán d e m» Bernabéu-Saporta. El patriarcalismo de Bernabéu tenía aspectos positivos y negativos. Entre los primeros figuraba una protección del jugador contra sí mismo, traducida en asesoría sobre inversiones y reconversión profesional una vez acabada la cuerda de-

portiva, asesoría que canalizaba fundamentalmente el señor Saprata.

Este aspecto fue importantísimo. Si examinamos uno por uno los casos de futbolistas de postín retirados, comprobaremos que mayoritariamente no han proseguido en la vida civil la cadena de éxitos de la vida deportiva. Hay muchas ruinas por ahí sueltas, muchos negocios cerrados, muchas vueltas y revueltas en subempleos futbolísticos, etcétera. Al cuidar este aspecto, la Directiva del Madrid disponía de un factor de encantamiento del jugador que repercutía en su real dedicación al fútbol. Durante muchos años, el Madrid de los «ye-yés» ha demostrado uno y otro domingo auténticas ganas de jugar al fútbol, ganas que muchas veces han sido la clave de sus repetidas victorias sobre equipos potencialmente superiores.

La hegemonía del Real Madrid durante la década de los sesenta se fundamentó además en la prohibición del fichaje de jugadores extranjeros. El Madrid se beneficiaba de una red de «informadores» mucho más extensa que la del Barcelona y de una política de club tentacular que hacía que casi todos los clubs de España le ofrecieran las primicias sobre los jugadores jóvenes que despuntaban. Por otra parte, sus catadores tuvieron mejor ojo clínico que los de otros equipos, y como muestra ahí está el botón de Pirri, ofrecido inicialmente por el ex jugador Bravo al Barcelona y fichado por el Real Madrid ante el desinterés del club azulgrana. No hay que descartar otros factores de hegemonía: un cierto respeto de los árbitros hacia las camisetas blancas, motivado por el carácter «oficioso» de un club con tantas personalidades de la vida política madrileña en su palco presidencial.

El principio del fin

El divorcio de la Directiva madridista y la Federación Española presidida por don Benito Picó fue la primera señal de que los tiempos habían cambiado. Con todo, el Madrid siguió manteniendo su hegemonía, aunque disminuyera paulatinamente su carácter oficioso y subiera la cotización del Atlético de Madrid en estos menesteres. Poco a poco se dieron las condiciones que propiciaron la decadencia actual: «vejez» relativa de la plantilla «ye-yé», encasillamiento de Muñoz en esquema de juego ya asimilados por sus antagonistas, vejez gestora de Bernabéu, pérdida de la unidad interior de la plantilla, como en el «caso Velázquez» de hace dos temporadas, o en el «caso Zunzunegui», más reciente.

Cuando se autorizó la importación de jugadores extranjeros se introducía un notable factor de

cambio en el planteamiento del fútbol español. Aparte de la valía real de los jugadores a fichar, la elección de una «figura» extranjera significaba la elección de un modelo de juego. La elección de Netzer fue inicialmente irreprochable, porque nadie iba a discutir la calidad de uno de los mejores centrocampistas de ataque del mundo. Discutible, en cambio, el fichaje de Oscar Mas, jugador ya un tanto excesivamente hecho.

Netzer no entró con buen pie. Existió un conato de «affaire» por la resistencia que algunas esposas de jugadores opusieron a la hermosa acompañante del jugador alemán: no tenía un anillo con una fecha por dentro. Además, Netzer es un líder, y debía imponer ese liderazgo al mismísimo Muñoz en la concepción táctica de los partidos, o a Pirri, Velázquez y Amancio sobre el terreno de juego. Con estos aspectos deportivos se mezcla la crisis interna, el comienzo de una batalla por la herencia del puesto de

Bernabéu y la inoportunidad habitual de dichos y hechos del anciano presidente. Ingrediente activador del nerviosismo fue el fichaje de Cruyff por el Barcelona, y sobre todo, la distinta rentabilidad inicial que deportivamente han reportado Netzer y Cruyff a sus respectivos clubs.

La deficiente actuación del Real Madrid en la primera mitad de la Liga ha colocado en entredicho a Miguel Muñoz, como cabeza de turco de un conflicto en el que sólo desempeña uno de los papeles, no todos. Por ejemplo, Muñoz quiso cortar de raíz el divorcio interno de la plantilla con el equipo experimental que envió a Castellón, y el evidente fracaso de esta experiencia no quiere decir que sea un camino a rechazar. Pero los nervios de Muñoz no han resistido más, y la Directiva ha considerado más oportuno que Muñoz se descabezara a sí mismo a que el público empezara a pedir la cabeza de la presidencia.

La caída de Muñoz será algún día una mínima anécdota, que demostrará una vez más que la cuerda se rompe por lo más débil.



Los cronistas del acto de despedida de Bernabéu a Muñoz no han podido ocultar su sorpresa ante la frialdad con que se liquidó el expediente de una persona que ha prestado servicios al club durante veintiséis años. El diario «Pueblo» llegaba a decir que los males del club no estaban en el entrenador, sino en la presidencia. Bernabéu es discutido. El lo sabe. Y además ya son muchos los que a su alrededor sostienen que no es indiscutible. El presidente trata de crear la imagen de un «enemigo oculto» que no perdona «toda la gloria que hemos conseguido». Es cierto que los éxitos ajenos no suelen perdonarse, pero no menos cierto que los fracasos y las decadencias no pueden ocultarse.

Sentido popular de una crisis

La incógnita presente y futura radica en la actitud del público ante un Madrid en crisis. Desde hace veinte años, el Madrid había dado la imagen de una sociedad patriarcal victoriosa y sin problemas. Ahora es como si miles y miles de seguidores descubrieran que pertenecen a una familia problematizada, como esos niños que descubren de pronto que su papá no es el más alto de los hombres, ni el más fuerte, ni el más listo. Esta enseñanza tal vez sirva a una minoría para reflexionar sobre lo absurdo de la religiosidad deportiva, pero una inmensa mayoría se sentirá frustrada y exigirá culpables y soluciones ejemplares.

Un club con miles de seguidores, con un palmarés excepcional, con una plantilla no desahuciable, con menos dinero del que se creía, pero con el suficiente, con muchos resortes todavía por pulsar en todos los sectores de la vida nacional, está en condiciones de superar su crisis. Pero en estos momentos es muy importante saber a quién se van a entregar sus destinos para saber qué imagen pública va a quedar el Real Madrid de sí mismo. ¿Con la irremediable desaparición gestora de Bernabéu desaparece definitivamente el Madrid autárquico? Si desaparece el Madrid autárquico, hay que apostar por una reducida gama de provisiones sucesorias: un club neocapitalista, con «managers», accionistas y Bancos a sus espaldas, un club en la órbita del reformismo poético-imperial, un club basado en la fuerza de sus masas incondicionales, dispuesto a practicar una política de identificación con las mismas al margen de colchones de grupos de presión.

Cuando sepamos el nombre del nuevo presidente conoceremos la intencionalidad de una de las instituciones más poderosas de España, y entonces la caída de Muñoz será una mínima anécdota que demostrará, una vez más, que la cuerda se rompe por lo más débil.